

CANTÓN MAYO, I. (2009). *Narraciones de la escuela*. Barcelona: Editorial Davinci. Colección Relatos. 197 pp. ISBN: 978-84-92651.

Nunca es tarde si la dicha es buena, dice la sabiduría popular, y que se hace realidad en este caso. Lo bueno siempre es bueno y los frutos imperecederos son los más valiosos. Es lo que yo he experimentado con la lectura de este librito de 197 páginas. Confieso que había dos ingredientes importantes para mí a la hora de volcarme con avidez en la lectura de esta obra menor. La portada con una niña clásica y la escuela igualmente clásica y universal, válida para los tiempos que median entre 1920 y 1970. En el fondo se aprecia un mapa de Europa y la niña tiene la enciclopedia abierta. Sobre la mesa se podía haber tenido una esfera o el globo terráqueo. Foto que trae muchos recuerdos. Foto que se puede encontrar en millares de hogares como recuerdo y buen recuerdo de antepasados tiempos y estudiantes. La segunda razón venía motivada por el aprecio que tengo a la autora o compiladora, una trabajadora, luchadora, mujer de carácter y ternura, investigadora, tejedora de puentes, leonesa, de pueblo, como este comentador, y maestra de pueblo algunos años y ahora flamante catedrática de Pedagogía en la Universidad de León.

Si al principio pensé que se trataría de anécdotas fáciles y sin trascendencia, pronto percibí que el libro contenía mucha historia de la Educación, no menos Teoría del arte y ciencia de enseñar y aprender, Didáctica o Didácticas empleadas en muchos lugares y tiempos, modos de actuación

en distintas escuelas. Me di cuenta de que era un libro que, tal vez sin pretenderlo, instruía y enseñaba mucho. A ello contribuía la cualificación de los relatores de la experiencia de su escuela, de su pueblo. Se trataba de recuerdos que han sido pensados, pero de recuerdos que nos permiten conocer algo que en no pocos textos clásicos de Teoría, Historia o Didáctica de la práctica docente se pasa por alto. Aparecieron las figuras del maestro, la maestra, los alcaldes, alguaciles, las circunstancias rurales, políticas, económicas. Se reviven muchas cosas valiosas y a cuyos excelentes relatores conviene agradecer. Cito algunos: Julio Llamazares, Alfonso García, Ángeles Caso, Antonio Colinas, Enrique Martínez, Juan Pedro Aparicio, José María Merino, Luis Mateo y muchos más. Referencio algunos de los títulos de sus aportaciones: «Mala puntería», «Pepín y el burro», «El santuario de piedra», «La tiza», «Dimas y Gestas», «La lección de la maestra», «Maestros de escuela», «El niño pobre», «Nubes», «El maestro Vitalius» y a la ideadora Isabel Cantón Mayo por ganar para *Narraciones de la Escuela* a tan acreditadas plumas.

Y en estas lecturas he reconocido y revivido mi escuela, la escuela de mi pueblo, entonces 1947-1953, sin carretera, a la que el maestro, los maestros y maestras llegaban andando con la maleta sobre un burro, pisaban barro en las calles, calzaban alpargatas y madreñas o albarcas como todos. La luz llegaba a la escuela cuando anocheaba, cuando ya nos habíamos ido todos. Pero que se encendía para los mayores hasta la medianoche. Todos debían aprender algo y lo hacían.

Aquellas maestras y maestros sacrificados, casi niños que llegaban con sus 17, 18 años y jugaban con nosotros, que vivían en una patrona, adonde les daba lo que tenía y siempre calor y respeto. Maestros para quienes íbamos a buscar brasas a la cocina más próxima para hacerles un brasero al que de vez en cuando, como no queriendo, tirábamos algún papel para que hiciera humo y salir al recreo. Maestros y maestras que con enorme paciencia y pocos medios nos enseñaban todo, incluso religión, piedad, comportamiento, urbanidad. A no coger los nidos de pájaros, a no pegar a los perros, respetar a los mayores. He visto maestras y maestros de aquellos tiempos casándose con uno del pueblo, fuera labrador, o médico si había suerte, convirtiéndose en el alma y ejemplo para toda la vecindad, siendo maestra o maestro los 365 días del año y las 24 horas del día. El universo entonces era una entelequia, solo en

un mapa y nunca mundi. Es la escuela que este libro me ha hecho revivir y lo hará a sus lectores, también la escuela de la lectura, buena escritura, memorización, máximas, refranes, encerados bien escritos, buena caligrafía, poesías, la escuela de buenos recuerdos y de pista de entrenamiento para ser personas de provecho. Libros así ayudan a teóricos e intelectuales que escriben manuales de Historia de la pedagogía y a todas las personas, pues es bueno recordar los tiempos de niñez, cuando aprendías las primeras letras y escribías con pizarrín de pizarra o de sebo, que se borraba y se volvía utilizar. Revivir para vivir libros como este de la Dra. Isabel Cantón Mayo que siguen educando y formando con sus narraciones sencillas, de pueblo y de gente sin nombre rimbombante pero de bien.

Prof. Dr. Javier Fombona Cadavieco  
*Universidad de Oviedo*